

Por [María R. Martínez](#)

Se escaparon de la casa para que no los peinaran, tan bonitos como dos hongos del bosque. Llegaron hasta el borde donde se unen el techo y la pared, en el mismo pantano en que se había quedado atrapado un duendecillo, sin pelo ni dientes, luciendo una manilla blanquidorada en su gorda muñeca. Ellos querían tener una igual y por qué no, esa misma.

“¿Qué miran pilluelos?”

“Tu hermosa pulsera”.

“Para el que la quiera
la cambio por pelos”.

El duende trataba de salir y extendía el brazo para atrapar a uno de los mellizos por su montaña peluda, pero este se echaba para atrás, dudoso de sus intenciones.

“¿Será que ahora quieres
dejarnos lampiños
o es que tú prefieres
riñones de niños?”

Todavía están ahí indecisos; ni van para la casa, ni se acercan al duende, y las cabelleras cada día les crecen más.

No he podido averiguar quiénes son sus padres y no me gusta mirarlos mucho, no sea que pase lo peor.

Los jimaguas ríen y el espantoso ruge atrapado por su maldad, pero siento que los tres están en mala situación; a veces los oigo cantar:

“¿Nos atrapa el duende
o nos coge el peine?
No clavan sus dientes
si corremos fuerte”.

Se van y vuelven a un juego peligroso que nadie debería jugar.
No todas las historias son divertidas.